

CENTRO DE INTERÉS

Conferencia sobre la crisis actual por D. Juan José Pérez Soba

D. Juan José Pérez Soba es Vicedecano de San Dámaso y está especializado en teología moral. Su tesis es “Amor es un nombre de persona”. Es director del master “matrimonio y familia”. Es sacerdote desde 1991 y se dedica a la investigación y a la enseñanza.

Entre sus libros están: “El corazón de la familia”, “la pregunta por la persona”, “caminar a la luz del amor”, “caridad y acción cristiana”.

Va a hablar sobre la crisis que padecemos actualmente.

Fundamentos éticos de la crisis

Es una crisis económica, pero también moral. Es la primera crisis real que sucede dentro del proceso de globalización, por eso, tiene unas características que la hacen nueva.

Se pensaba que la economía funciona sola, con sus propias leyes y que la moral sólo podía afectar a la economía tangencialmente. La economía funciona por la ley del mercado, que es una ley técnica. No tiene, pues, nada que ver con un planteamiento moral. Lo que hay detrás de este planteamiento es lo siguiente:

- Suponer que la economía está siempre en evolución mecánica y dejar que crezca así. La pregunta sería si este desarrollo es sostenible.
- Pensar que la economía es algo cerrado en sí mismo, sin tener en cuenta los aspectos políticos, sociales, ...

La globalización plantearía una economía por encima de cuestiones políticas, pero esto plantea unas disfunciones que la propia economía no sabe integrar.

Marco de composición

¿Por qué esta situación? Aún no tenemos perspectivas suficientes, pero sí se puede analizar el porqué de este planteamiento de la economía rigiéndose por sus propias leyes.

El fundamento económico cerrado surge de una separación radical entre un ámbito público y uno privado. Esta división entre lo público y lo privado se ha pensado que afectaba a la fe pero no a la economía. Es una división ética en la que se ve la necesidad de dividir ambas realidades. Cada ámbito se mueve con una racionalidad ética distinta que hace que cada realidad funcione como mundos separados. Al ámbito público correspondería la política y la economía y al privado la familia y la fe. Así, el valor que se da al matrimonio es el de un contrato privado.

El ámbito público se rige por acuerdos de intereses: que se esté de acuerdo en algo. A esto se llega a partir de las Guerras de Religión que se acordó no hablar de Dios en el ámbito público.

Hobbes es el primero en decir que los seres humanos nos movemos por acuerdo de intereses. Lo que nos une no es lo trascendente sino solo el interés privado. Esto, que al principio se aplica al sistema político, en el siglo XVIII pasa al planteamiento económico con la ética utilitarista, que permite que una persona busque su interés privado por encima del interés común. (No existe el interés común porque no existe el bien común. Todos son bienes privados.). Empieza con los teólogos escoceses, que sostienen que Dios deja que cada uno busque su propio bien.

Frente a esta concepción, la Doctrina Social de la Iglesia sostiene la subordinación de la persona al bien común. El bien común está por encima del privado.

Como consecuencia de estos planteamientos del Siglo XVIII, la economía va a tener como punto común el mercado y en política va a prevalecer la justificación de unos intereses comunes dentro de un marco, mediante el sistema del voto individual. De aquí surge el individualismo, en el que lo que priman son los intereses particulares sobre el bien común. Y de aquí se llega al personalismo: reducción de la persona a una individualidad dentro de una realidad, que es el Estado (convertir al individuo en parte de un todo y al Estado como una suma de individuos). De este sistema surge la debilitación de las relaciones personales y el tema de la alineación, que lo va a denunciar el marxismo desde un punto de vista económico. Por eso, se pensó que la solución era un capitalismo global.

Juan Pablo II, tras la caída del muro, en la Centesimus Annus, ya señaló los peligros del capitalismo globalizado y la democracia sin valores, que conducen al totalitarismo. En esta democracia, las personas se sienten muy poco representadas, ya que sólo se vota cada cuatro años. En los totalitarismos las personas se sienten desgajadas de sus ámbitos personales y se convierten en débiles y manipulables. El Estado, que domina los medios de comunicación, puede imponer sus ideas a una población fácilmente manipulable.

La pasividad social que se experimenta en Europa es particularmente grave y conduce a un totalitarismo encubierto. Esta pasividad dura mientras el Estado me siga manteniendo. Esta forma individuo/Estado se fundamenta en la idea del Estado de bienestar, que tiene como función que las personas estén bien. El Estado de bienestar está considerado como una vida de calidad (calidad de vida), pensamiento utilitarista que hace que los elementos se consideren por encima de la sociedad.

Una sociedad por su propio desarrollo no asegura una cultura ética. Con la Declaración de los Derechos Humanos de carácter cristiano, se vio la necesidad de esta declaración ética. Ahora se quieren reelaborar algunos de estos derechos.

La aceptación del Estado de bienestar hace surgir unas disfunciones graves. Por ejemplo se cuestiona el derecho a la vida, que se considera como opción de fe y no como un elemento estructurante de la sociedad. Lo que era una convicción se toma como una opinión en un Estado tolerante.

El bienestar se mide por el consumo. Lo que hay detrás de esto es la relación entre amor/justicia (establecidas por Benedicto XVI): lo que nos une a los hombres no es un acuerdo, sino la *Charitas socialis*, ya señalada por Cicerón. Hay un sentido común entre los hombres que hace que nos unamos. Los elementos que estructuran la sociedad es algo más grande que un acuerdo. Los bienes espirituales se comunican y se multiplican, no así los

bienes materiales. Una sociedad basada en los bienes materiales divide a los hombres y revierte en la misma economía y en la misma estructura social.

Otra de las disfunciones son los nacionalismos. Éstos surgen con el Romanticismo. Es un fenómeno fundamentalmente emotivo, de sentimientos. No es una cuestión de fe, sino de aspectos emotivos comunes. Para poder hacer una cosa real, hay que tener una visión más amplia y real. La política tiene un valor ético, que no se puede reducir a alcanzar acuerdos utilitaristas.

Otra disfunción es la inmigración. En los últimos veinte años se ha intentado controlar la emigración, reducir la natalidad en los países del Tercer Mundo y adherirse a la teoría de género a favor de la mujer.

La economía no es un mercado con sus propias leyes. El motor de la economía es el acto económico (teoría de la acción económica). El primer elemento al que esto afecta es a la familia: la familia unida consume menos que la familia disgregada. Así se ve de dónde surge la economía de mercado y el modelo de hombre que hay detrás de ella: un sujeto utilitario en lo público y emotivo en lo privado. Este es el modelo de hombre de la sociedad de consumo, se funda en el deseo. Antes se presentaba el deseo como malo y, posteriormente, se ha pensado lo contrario. La publicidad en el fondo es fomentar un deseo. Las personas que viven de deseos están insatisfechas y lo compensan comprando cosas.

En los años sesenta tiene lugar la revolución sexual. La misma sexualidad se convierte en valor de consumo. El paso previo a esto, es reducir la sexualidad a la genitalidad, a algo placentero.

Lo que nos tenemos que plantear es cómo se construye una sociedad de verdad. Lo que sucede no son sólo pequeños fallos de un sistema que implique pequeñas correcciones, sino que es algo mucho más grave. Por eso, sería muy buena una perspectiva cristiana.

En este sentido, el planteamiento de Benedicto XVI es la relación amor/justicia. Relacionar la justicia y el amor, porque la justicia sola crea una sociedad fragmentada. Frente al planteamiento del amor privado (difundido en el Romanticismo), se incluye la fe en el amor. Pero sucede que la sociedad se divide entre creyentes y no creyentes. Los primeros tienen que demostrarlo todo, pero los segundos no demuestran nada.

El Papa dice que hay que preguntar a las personas en qué amor creen. Es una forma de evangelizar tanto a nivel privado como social. La privatización de la fe perjudica a la Iglesia, la fe debe servir para unirnos en otro más grande que nosotros.

El bien común no se puede tomar como la medida de los bienes que compartimos, sino como los bienes que nos hacen crecer. Veamos el caso de España. Su momento cumbre en la historia coincide con su desastre económico, lo que indica que tiene una realidad distinta (descubrimiento de América, Evangelización). Tiene que ver con el desarrollo de las personas, que es lo que falta en una sociedad sin valores.

La sociedad se realiza en la medida en que es capaz de preparar personas que empujen a la sociedad. Se tiene que fundar en la familia y en la educación, dos elementos que, por sí mismos, no son democráticos. El modelo actual viene de los años treinta, a España llegó en el año 73, y es un modelo desastroso. Primero se quitó a los padres el

derecho a educar, luego a los pedagogos. Esto ha traído consecuencias desastrosas para la sociedad. Nuestra universidad no produce pensamiento, ni investigación. Ha perdido su papel social porque está dominada políticamente y busca generar personas que aspiren a ganar mucho dinero. El estado de bienestar ha acabado con la estructura social de la universidad. La gran carencia de nuestra sociedad es la educación ética, separar la economía de cualquier planteamiento ético; lo que conduce a que las profesiones y los conocimientos no tengan que ver nada con la ética.

La formación ética que reciben hoy las personas es la televisión. En un debate televisivo están los partidarios, los contrarios y el moderador. Pero transmiten emociones, no ideas. La idea de ética es clara: no hay verdades éticas, solo opiniones que son todas relativas y yo elijo la que más me gusta. Así, es imposible construir una sociedad ética.

Hay una concepción de la economía que tiene que ver con una fragmentación del saber, con un pensamiento utilitario en el que las personas se sienten poco libres y utilizadas. Aquí hay que entender una nueva propuesta de regeneración social: familia y educación con un pensamiento fuerte en la cultura. En España tenemos capacidad para hacerlo.

Respuestas en el debate

El Romanticismo nos ha debilitado mucho, porque nos ha presentado el amor como algo irracional, invitándonos a vivirlo y no a pensarlo. A esto se une el excesivo racionalismo de la filosofía del siglo XVII.

El amor se ha separado del bien. La gran cuestión es la ausencia del bien. El bien es un elemento que nos mueve a algo trascendente y no se habla del bien. Incluso en la moral católica se ha evitado hablar del bien.

Hoy los que cuentan son los medios de comunicación, que están dominados por lo que tienen dinero. En ellos la verdad se ha convertido en opinión.

Lo que hay detrás de los antivalores actuales es un pesimismo antropológico, no nos unen las cosas grandes, sino las pequeñas por las que nos peleamos. Detrás del pesimismo hay una corrección política pública, aunque no es aún un fenómeno religioso activo como lo fue el marxismo. Detrás de algunos políticos hay un cierto mesianismo, lo cual significa que las personas necesitan líderes. Uno de los últimos fenómenos que conmocionó al mundo fue la muerte de Juan Pablo II, porque todo el mundo le reconocía una altura que no tenían los demás.

En esta sociedad globalizada, el catolicismo es un referente. El profeta tiene que anunciar, denunciar y actuar. La corrección política como elemento moral conduce a vivir de apariencias y a una incapacidad de pensar a medio plazo.

Los políticos actuales no suelen tener formación. Crece una generación de políticos que no piensan, no saben unificar ni dirigir.

Por otra parte, está el partidismo político, que acarrea, a veces, corrupción.

Hay una deficiencia de formación muy grande en España. El tema de la formación es en la actualidad algo fundamental por hacer en nuestra Iglesia. Ha disminuido mucho el papel de la teología en la formación cristiana.

Juan Pablo II decía que la fe no es algo privado, tiene que hacerse cultura. No se sabe a qué decimos que sí en nuestra fe.

La fe no se convierte en generadora de pensamiento. Las personas se reúnen en grupos para compartir la fe y la vida, pero no existe en el ámbito público porque no se sabe qué decir. Es preciso presentar una propuesta cristiana.

En cuanto al bien común hay que esperar a la Encíclica Papal. El bien es comunicativo, une a las personas. En el fondo todos tenemos los mismos deseos. Los deseos son muy comunicativos. Aristóteles decía que los políticos tienen que unir los deseos de todos en un bien superior. Esto es el bien común: un bien superior que permite que esto funcione.

Los derechos humanos son, fundamentalmente, ideológicos. Ha cambiado el sentido de derecho, antes el derecho era un principio ético, ahora se ha convertido en la satisfacción de un deseo. Se quieren ampliar los derechos humanos a la teoría de género: igualdad de género y derechos reproductivos. Tiene pocos visos de que se llegue a un acuerdo.

Democracia política y democracia económica. Vivimos en una oligarquía económica. La centralización de capital hace que el pez grande se como al chico.

No es tanto que la economía tenga que ser democrática, como que se desarrolle en una sociedad democrática, con más participación de todos.
